

Puede ser nada

Miguel Ángel Romero Méndez*

Hace más de dos siglos, un escocés demolió la idea de causalidad. No es A, entonces B; el razonamiento correcto es: A; probablemente, B. Años después, en el pueblo de Königsberg, un pequeño hombre confirmó lo que había dicho aquel filósofo británico, pero también consideró que la idea de causalidad es inherente al entendimiento humano. Asociamos ideas y hechos incluso sin querer. Yo soy un ejemplo de la segunda afirmación. No puede decirse que sea una persona supersticiosa ni crédula, sin embargo, intento asociar dos eventos que parecen ser causa y efecto. Ayer, en la madrugada tocaron otra vez en mi ventana. Toc, toc, toc y, después, silencio. Tal vez fue un gato, el viento, algún trasnocado que regresaba de la juerga e incluso pudo ser un fantasma. Hace más de un año que los toquidos se repiten esporádicamente, aunque de manera incesante. Últimamente casi no les pongo atención; cada vez me cuesta más trabajo escucharlos, sin embargo, siguen sonando. En ocasiones me despiertan, en otras, los escucho cuando acabo de meterme en la cama.

Todo empezó, si es que empezó en algún momento, hace más de un año. Vivía en la calle Pickman, cerca del recién construido edificio de Vul-Tec. La antigüedad del edificio donde vivía contrastaba con la arquitectura futurista del edificio donde trabajaba, pero eso importaba poco tomando en cuenta que por un alquiler decente podía tener un apartamento que me permitía llegar a mi trabajo en Vul-Tec, en menos de cinco minutos.

Ahora que lo pienso, las cosas fueron extrañas desde el comienzo. Había un rechinar constante de las tuberías que se agudizaba en las noches y, quizá debido a que había menos ruidos, eran más perceptibles. Todos estaban de acuerdo en que el ruido era producido por la instalación pero que en modo alguno coincidía con los sonidos que produce una

* **Licenciado en Filosofía por el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

tubería. Quitando los ruidos, la estancia era agradable. Fue a los dos meses de vivir ahí que las cosas cambiaron para mal. Recuerdo que esa noche había trabajado horas extras. Regresé muy cansado (hace mucho que perdí la energía de la juventud), me recosté y me quedé dormido. Me despertó la sensación de unos labios sobre mi boca, unos labios delgados pero voluptuosos. Abrí los ojos, alterado: no había nada. Pensé: es un sueño; después, sentí mi boca: estaba húmeda. Quedé sorprendido, pero volví a dormir. Cuando desperté, tenía la sensación de que, al salir, iba a encontrarme a esa mujer que me había besado (¿por accidente?). No era como si todo hubiera quedado en el sueño.

Así estuve tres días. Cuando llegaba la noche, me ponía un poco nervioso. Bueno, me daba miedo que me fueran a besar de nuevo, pero ¿qué podía hacer? No podía dejar de dormir. Dos semanas después vino un segundo beso, éste más pasional que el primero. Y ahí fue cuando estuve seguro de que ni este, ni el primer beso habían sido un sueño. Un sueño, aunque sea muy intenso, se va olvidando. No es como un recuerdo, los sueños se van borrando durante el día, aunque no queramos, pero yo seguía recordando la sensación. Me levanté, miré alrededor y me dije: entonces lo de la otra noche no fue un sueño, de verdad alguien me besó. Al día siguiente, en el trabajo me sentía cansado, pero la idea de dormirme me daba pavor.

Sin embargo, por la noche, el cansancio pudo más y me quedé dormido. En la madrugada sentí que se movía mi cama, como si alguien estuviera acostándose a mi lado. Sí, a mi lado, pero, ¿quién? ¿qué hacer? ¿voltear? De ninguna manera. Después, sentí un beso. Y luego otro. Y otro. Quise abrir los ojos, pero no me atreví. ¿Y si al abrirlos me encontraba con un cráneo o la cara descarnada de una persona? Después, sentí las caricias en mi pecho, sobre la ropa. También sentí caricias sobre mi pelo y un ligero roce en mi cara, unos dedos finos y helados. No recuerdo más, creo que me desmayé. Al despertar, después de recordar lo que había pasado, vino a mi cabeza una idea (qué extraña es la mente): asumía que quien me besaba era una mujer, pero ¿y si era un hombre? Por un momento me molesté, pero, inmediatamente empecé a reírme. Me estaba besando un fantasma y a mí lo que me preocupaba es que fuera un hombre. Me dije: ya estás como el ataúd de Tario.

Las cosas no cambiaron durante algunos días, las noches fueron normales, por así decirlo. Una semana después, regresó aquello. Serían las dos o tres cuando noté un

**Me levanté, miré
alrededor y me dije:
entonces lo de la
otra noche no fue
un sueño, de verdad
alguien me besó.**

perfume muy dulce, agradable, pero que jamás había olido. Sé que era un olor femenino, pero no estoy seguro de que fuera un olor de este mundo. Sentí como se apoyaban en la cama. No hubo beso. Luego, unos pasos alejándose de mí y, después, silencio total. Abrí los ojos y la vi, de espaldas, recargada en la ventana. Su cabello largo, negro, indómito. Cerré los ojos con fuerza y al abrirlos de nuevo ya no estaba. La imagen daba vueltas en mi cabeza y lo peor es que no tenía a quién contarle.

Además, ¿quién podría escuchar algo así sin tomarlo como broma? Cansado de mi situación, decidí cambiarme de casa. Es una de las ventajas de rentar, si algo no te gusta, tienes la opción de tomar tus cosas y marcharte. Encontré un nuevo apartamento, más lejos de mi trabajo, pero sin besos nocturnos. La tranquilidad y la rutina volvieron a mi vida. Todo parecía haber vuelto a la normalidad. Fue un mes después cuando escuché por primera vez que tocaron en mi ventana. Detrás de la cortina alcancé a apreciar lo que me pareció una silueta humana. Estuvo ahí durante algunos minutos y desapareció. Esto se repitió durante varias noches. Llegaba la madrugada y escuchaba que tocaban en mi ventana. Después, la silueta. Intenté encontrar una explicación que no pisara los límites de lo sobrenatural, pero fui incapaz de encontrarla. Sentí mucho miedo al principio, pero poco a poco me fui acostumbrando hasta que lo tomé con naturalidad e incluso con gusto. Mi mente dice que quizá ha venido a buscarme. No sé cómo ni por qué, pero me encontró.

He tenido la oportunidad de asomarme por la ventana y mirar quién toca, pero decidí no hacerlo. Sé que es una tontería, pero para un hombre de mi edad, hasta los halagos de un fantasma son bienvenidos. Quizá, después de todo, de la tristeza, del tedio, el sinsentido, la vida se volvió interesante. Quizá, a pesar de las circunstancias y los errores, fui importante para alguien. Los seres humanos vivimos de las posibilidades, las ilusiones y las fantasías. Eso es todo lo que tiene la mayoría de la gente, lo único que de verdad tiene. Entonces sí, a veces es mejor no saber las cosas, porque así se puede vivir con el hubiera, con los sueños intactos, con la esperanza. Es posible que al asomarme termine con todo. Puede ser que descubra que fue un gato, el viento, algún trasnochado que regresa de la juerga o un fantasma, pero también puede ser nada.